

El primer día

Byron Miguel

Entré en la vieja fortaleza militar de La Cabaña un atardecer lluvioso del mes de mayo de 1961.

Ningún preso hablaba mientras recorriamos el laberíntico trazado de callejuelas para llegar al patio de la prisión. Sólo se oían nuestros pasos. Era como si todos, guardias y presos nos hubiéramos puesto de acuerdo para hacer de nuestra entrada un acontecimiento verdaderamente triste.

En el G-2 me había encontrado con Siro, un compañero de la conspiración, y en las dos semanas que allí pasamos habíamos hecho amistad con Julio, un moreno que más tarde supimos que también había conspirado en nuestra organización. Ahora los tres caminábamos juntos para encontrarnos con algo que desconocíamos.

La fortaleza había comenzado a edificarse en 1763, inmediatamente después de firmado el Tratado de París por el que España recuperaba a La Habana después de casi un año de dominación inglesa, y terminó de construirse once años más tarde.

La Cabaña tenía una larga tradición como presidio político, sobre todo a partir de los años treinta. Se habían escrito varios libros y numerosos artículos relatando estancias de varias semanas, que en su época habían horrorizado a los lectores. Ahora todos esos escritos nos parecían insustanciales y panfletarios y comparados con la realidad que vivíamos podían servir de lectura para niños.

De pronto, al doblar una esquina, nos encontramos con una reja enorme: era la entrada del rastrillo. Una voz de falsete, muy frecuente entre nuestros campesinos, nos gritó varias palabrotas y nos dijo que ahora sí que íbamos a saber lo que era bueno. El que así hablaba era un muchachito de un remoto mestizaje indio que aún se puede encontrar en nuestra provincia oriental; muchos como él habían bajado con Fidel Castro de la Sierra Maestra. Gritaba imitando a algún jefe, pues no se veía nada espontáneo en sus insultos, era como un discurso desarticulado y mal aprendido cuyo objetivo era amedrentar a los recién llegados.

Para no desentonar, los guardias, que nos habían custodiado hasta ese momento silenciosamente, comenzaron a dar empujones y a insultarnos; no duró esto mucho tiempo, pues la presencia de un mulato alto y grueso los calmó. Este personaje nos iba a acompañar durante algún tiempo; se llamaba Emilio y, a pesar de su aspecto eunucoide, ocupaba en aquel momento el cargo de jefe de Orden Interior.

Con aire resignado Emilio nos contó, comprobó nuestros nombres y nos pasó a la oficina, donde unos presos del régimen anterior, que hacía tiempo estaban detenidos, realizaban algunas tareas burocráticas.

Desde hacía un buen rato uno de los guardias no le quitaba los ojos de encima a Julio, éste se sentía ya molesto y comenzó a sostenerle la mirada. El guardia se acercó y le gritó: «¿Qué tú miras negro?, ¿qué es lo que te pasa?», se le encimó e hizo ademán de darle un planazo con la bayoneta, pero un sargento que se hallaba cerca lo detuvo y nosotros, con discreción, convencimos a Julio para que mirara hacia otra parte.

Después de esperar como una hora comenzaron a llenar formularios y a medida que los terminaban nos pasaban para un cuarto cerrado, con montañas de ropa increíblemente sucia y con un olor horrible, de ésos que no se olvidan. Allí entregábamos nuestra ropa y nos daban unos andrajos que habían sido los uniformes del ejército anterior. Las camisas tenían dibujada una P enorme en la espalda con una pintura que no secaba nunca, pues siempre estaba manchando la piel. Disfrazados de este modo parecíamos mendigos acabados de recoger por alguna institución caritativa. Formábamos un grupo realmente grotesco.

Al terminar, puestos en fila, Emilio nos contó de nuevo, nos miró fijamente, como para empezar un discurso, pero no se sintió con ánimo para ello y ordenó al clase llave que nos pasara al patio.

La entrada al patio, ya de noche, era algo que impresionaba. Era un lugar desagradable desde que se veía por primera vez, después uno se daba cuenta que era triangular con uno de sus ángulos exageradamente agudo, aunque daba más bien la impresión de un pasillo que se fugaba precipitadamente y al que se abrían las galerías en bóveda de cañón, construcción muy frecuente en tiempos de la colonia para albergar cuarteles de caballería.

El guardia que había amenazado a Julio en el rastrillo se la tenía guardada y aprovechando el escalón de la entrada de la galería lo empujó; éste no pudo mantenerse en pie y fue a dar al piso partiéndose el labio. Siro y yo nos abalanzamos hacia nuestro amigo procurando que no se incorporara ni hablara, pues podía ganarse un castigo en capilla y lo iba a pasar muy mal. Otros presos que se hallaban cerca nos rodearon y nos hicieron caminar hacia el fondo para alejarnos lo más posible de los guardias y además porque en la última litera residía el jefe de galería, personaje activo y hablador a quien apodaban el Chino por sus evidentes rasgos asiáticos.

El problema con Julio me hizo observar por primera vez algo que vería repetirse a través de los años: los presos negros eran frecuentemente más insultados y peor tratados que los blancos. Se les echaba en cara que eran unos desagradecidos porque, según el régimen, la revolución los había hecho personas. Esta actitud probablemente escondía recónditos prejuicios que encontraban así una oportuna justificación para manifestarse, pues no eran precisamente los guardias negros los que se ensañaban con ellos, aunque éstos algunas veces también lo hicieron.

Nos fuimos acercando al final de la galería entre un bosque de literas y tenderas improvisadas. Entre las torres de tres o cuatro pisos había un pasillo de

cuarenta centímetros rigurosamente medido que servía de único acceso a las dos torres que la flanqueaban. Ésta era la unidad funcional de la galera y recibía el nombre de *wilaya* por asociación con los sitios poco accesibles y elevados en que operaban los rebeldes argelinos de tanta actualidad por aquellos días.

Se podían observar infinidad de personajes cuya conducta hubiese sido material de primera para un sicólogo. Era impresionante ver a un hombre como Rodríguez-Sierra sentado en su litera horas enteras con la mirada perdida. Se trataba de un antiguo profesor universitario. Podía uno imaginárselo en su cátedra de Economía dictando una de aquellas clases magistrales a las que eran tan aficionados los viejos catedráticos de la Universidad de La Habana. Ahora era un espectáculo deprimente; el choque con el presidio había precipitado lo que los años hubieran preparado poco a poco y sus facultades mentales se habían deteriorado sustancialmente. No era el único que se hallaba en estas condiciones, había muchos como él.

La extracción social de los presos detenidos en La Cabaña podría ser sorprendente para los que no vivieron el proceso de la lucha anticastrista; muchos habrán pensado que allí se había concentrado lo más reaccionario de la burguesía criolla, pero la realidad era totalmente diferente. Como regla general muchos de los miembros de las clases más adineradas marcharon temprano al exilio y no formaban ningún grupo importante dentro de la prisión. Tampoco estaban bien representados los campesinos; éstos predominaban en las cárceles provinciales, sobre todo en la provincia de Santa Clara, donde se desarrollaba la lucha guerrillera de la Sierra del Escambray. Años más tarde, sin embargo, cuando el presidio político se concentró en Isla de Pinos, se pudo ver allí una muestra increíblemente representativa del pueblo cubano.

En cuanto a las ideologías y antecedentes políticos; había de todo: ex militares de Batista, miembros del Ejército Rebelde, revolucionarios, conservadores, anarquistas, etc.

Vivíamos en condiciones infrahumanas, pero la palabra de orden era sobrevivir; todavía no podíamos imaginar que estaríamos muchos años en una lucha constante para salvarnos del deterioro físico y moral al que el régimen pretendía condenarnos. Todavía no nos habíamos enfrentado a los castigos, a las requisas, al trabajo forzado, a los fusilamientos y a tantas ingratas experiencias que nos aguardaban.

La requisa

Cuando desperté tuve la idea de que nos iban a ametrallar, siempre pensaba lo mismo durante los primeros momentos de una requisa.

Era como encontrarse de pronto en medio de un inmenso caos o de un naufragio. Decenas de guardias dentro de las galeras, gritando e insultando para infundirnos pánico; tirando al piso todo lo que se encontraban por

delante, dando empujones y golpes para que saliéramos rápido al patio y no tuviéramos tiempo de reaccionar. Teníamos que salir en ropa interior y a veces completamente desnudos.

No pude encontrar los zapatos y salí descalzo, corría el riesgo de no verlos más, pues nunca se sabía lo que iban a llevarse. Dando tropezones con las colchonetas, ropas y tarecos tirados en el medio del pasillo y empujado por una ola de presos que se movía detrás de mí, llegué hasta la reja. Pude darme cuenta entonces que caminando delante de mí estaba Simón con el enano Kico cargado en los hombros. Kico, con sus piernas deformes, no podía caminar con rapidez y había que evitar que los guardias se ensañaran con él.

Ya en el patio la situación no cambiaba gran cosa pues teníamos que pasar al espacio cercado destinado a las visitas, que era muy estrecho y apenas cabíamos. Era ahí donde realmente muchos se despertaban y caían en la cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Las requisas se realizaban casi siempre pasada la medianoche, alrededor de las tres de la madrugada, cuando se suponía que todos estábamos durmiendo y desprevenidos. Había requisas rutinarias o como ésta, que parecía ser preventiva, es decir dirigida a aterrorizarnos y evitar cualquier manifestación colectiva ante un acontecimiento o fecha que ellos estimaban provocador. Sólo faltaban un par de días para el 20 de mayo, fecha en que tradicionalmente celebrábamos nuestro día de la independencia, así que probablemente querían evitar alguna manifestación política por parte nuestra como cantar el *Himno Nacional* o insultar al Máximo Líder.

Desde el otro lado de la cerca comenzamos a observar los destrozos y el desorden que deliberadamente provocaban los guardias. Era cuestión de hacer sentir su poder y hacernos conscientes de nuestra impotencia.

Después de un par de horas, viendo cómo aumentaba el número de objetos sacados de las galeras, se producía un efecto curioso; ya nos importaba un carajo todo aquello, pues en fin de cuentas se podía vivir sin baldes, sin libros y hasta sin ropa, como habíamos tenido oportunidad de comprobar en varias ocasiones.

Recostado a la malla, con una calma envidiable, el viejo Victorino fumaba un cabo de tabaco, guardado quizá para ocasiones como ésta. No era fácil encontrarlo de buen humor, pero a veces se tornaba un conversador sumamente ameno y agradable. En realidad no le faltaban temas para una charla interesante pues era uno de esos luchadores políticos de siempre, que había estado en La Cabaña en tiempos de Machado y de Batista. Como conocía al padre de Joaquín aprovechamos la simpatía que sentía por éste para hablar con él. Raúl ni corto ni perezoso inició la conversación.

—Don Victorino, lo han hecho madrugar mucho hoy.

—Sí, pero esto es parte del argumento de la obra, necesariamente hay que pasar por esto.

—Óigame, pero esta obra es diferente.

—Claro, ahora la represión es total, además en otras épocas éramos veinte o treinta presos por galera, ahora somos diez veces más.

—Ahora la resistencia ha sido masiva.

—Sí, ésta ha sido en grande. Organizar y controlar esto va a ser muy difícil. Yo considero a los dirigentes de todas esas organizaciones lo que van a pasar, porque quiero que sepan que esto va para largo. Éste es un régimen que se dice marxista, pero al fin y al cabo es fascista y ha unido los dos métodos de represión más efectivos que se conocen.

Llevábamos más de tres horas de requisa cuando observamos un movimiento alentador entre los guardias; ya estaban casi todos en el patio trasladando lo que habían sacado de las galeras para el rastrillo. Emilio caminaba de un lado para otro impartiendo órdenes y frente a algunas galeras ya se estaban dando instrucciones a los guardias nuevos de cómo hacernos el registro personal.

La entrada a la galera después de una requisa, es un cuadro de éstos que quedan grabados para siempre en la memoria. Nada estaba en orden; las literas fuera de su sitio hacían difícil ubicar el lugar donde se dormía. Colchonetes, toallas, ropa, todo por el suelo; un zapato por aquí, allá un jarro. Todo deliberadamente mezclado y desordenado para que fuera una hazaña encontrar lo de cada cual en aquel naufragio.

Algunos, una vez que encontraban su cama, se tiraban sobre el bastidor y esperaban con aire resignado a que otros más activos despejaran el camino, pero así corrían el riesgo de perder algo en medio de confusiones conscientes o inconscientes.

En cuanto entré, lo primero que hice fue buscar los zapatos; no eran ya fáciles de conseguir para la familia y no podía perderlos. Cuando encontré el primero respiré tranquilo, iba a ser muy difícil que alguien se «confundiera» con el otro.

Mario estaba que echaba chispas, le habían llevado su frazada y, lo peor de todo, su libro de inglés por el que tantos presos de la galera estudiaban. A Raúl lo habían dejado sin papel y sin bolígrafo, pero ahí le quedaban el *Manual de Economía* de Nikitin, una historia de la URSS y del PCUS, así como otros panfletos, que aun los menos prejuiciados eran incapaces de leer debido a esa incurable densidad de la literatura marxista-leninista. Raúl disciplinadamente se leía todo aquello porque: «había que conocer al adversario».

En medio de aquella debacle llegó el agua con azúcar, pero el Chino, sabiamente, pospuso su repartición hasta tanto no se ordenara un poco la galera y se midieran los pasillos. Un par de horas más tarde todo quedó más o menos en su sitio y pudimos desayunar.

Como Mario no cesaba de quejarse por la pérdida de la frazada y el libro, Raúl no pudo más y le dijo: «Mario no jodas más, a ti no te partieron una costilla como a ese muchacho de la ocho, no te cortaron una pierna como a Tony, no has perdido un huevo como Zamora y no te han fusilado, Mario; estas vivo, ¡vivo!» Mario mirándolo fijamente le contestó con sorna: «Entonces tengo que agradecerles que estoy vivo». «A ellos no, Mario, al de arriba», le replicó Raúl.

El soldado desconocido

7.30 PM.

Llegaron al anochecer, cuando ya casi todos estábamos recostados en las literas, hablando o soñando despiertos.

El ruido de la reja al abrirse atrajo nuestras miradas hacia el frente de la galera. Habían entrado nuevos presos, tres en total, de un grupo más numeroso que se fue repartiendo entre las otras galeras.

Uno de los recién llegados quedó asignado a nuestro pasillo, así que le esperaba un duro suelo para dormir. Mario le dio un pedazo de lona que tenía y Julio unos cartones, pero no había nada sobrante que pudiera hacer de almohada; pensé en darle mi toalla que, enrollada, le serviría, pero el recuerdo de la que Pacheco me había llevado en la última «cordillera» y el hecho de que la única que tenía había podido lavarla ese mismo día, hicieron que no se la prestara; como sentí algo de remordimiento le pregunté si había comido, pensando en un poco de agua con azúcar que tenía ahorrada para más tarde, pero me dijo que le habían dado algo de comer en el rastrillo.

Era un muchacho que no aparentaba tener más de veinte años, se mostraba muy agradecido por nuestras míseras atenciones y hasta parecía contento de hallarse en La Cabaña. Se quitó una camisa sucísima que le habían dado al entrar y se tiró sobre la lona. Se veía ansioso, pero trataba de disimularlo sonriendo; quise preguntarle cómo se llamaba y darle oportunidad para que hablara, pero me pareció mejor dejarlo para el día siguiente, después de todo habría tiempo de sobra.

Después de la ubicación de los nuevos reclusos la galera volvió poco a poco a su diaria rutina: los juegos de damas y ajedrez, con piezas y tableros ingeniosamente improvisados, leer, hacer cuentos y alguna que otra discusión política que a esa hora eran mucho menos apasionadas y, por supuesto, esperar a que el jefe de galera ordenara silencio y terminara otro día.

8.30 PM.

«Atención, atención al patio, este personal que se va a nombrar que se presente correctamente vestido a la reja de la galera sin pertenencias». Era la voz monótona de Emilio que, por el altavoz, comenzó inmediatamente a leer una lista de unos doce nombres en la que, según los recién llegados, estaban incluidos todos ellos.

No sé si ya estaba dormido cuando Emilio comenzó a hablar, el hecho es que me incorporé tan rápido, que me di un golpe en la frente con el bastidor de Joaquín. Todos sabíamos lo que podía significar a esa hora una llamada sin pertenencias. Se trataba con toda seguridad de un juicio en el que habría penas de muerte. El muchacho notó nuestra preocupación y preguntó algo nervioso si era frecuente que hubiera juicios por la noche; Joaquín, reaccionando con rapidez, le explicó con fingido mal humor que: «Esos hijos de puta lo único que piensan es en joder y como ninguna mujer les hace caso se entretienen por las noches celebrando juicios». Todos sonreímos y se añadieron

algunos chistes sobre los juicios mientras los tres llamados se vestían. Para que se sintiera mejor le dije a nuestro nuevo compañero que se pusiera mi camisa encima del andrajo que le habían dado, él no quería ponérsela, pero yo insistí porque afuera había frío, y terminó por aceptar.

9.00 PM.

El patio se llenó de guardias, Emilio se presentó ante la reja con una lista mecanografiada y nombró a los tres reclusos del grupo que había en nuestra galera, pero no pude darme cuenta cuál era el nombre del muchacho. Los tres se dirigieron hacia la reja entre frases de ánimo y palmadas al hombro, pero no nos hacíamos ilusiones, quizá ninguno de ellos regresaría a la galera. Abrieron la reja y los sacaron al patio; repitieron la misma operación en dos o tres galeras hasta que todos los miembros de la causa estuvieron reunidos y fuertemente custodiados. Del patio pasaron al rastrillo y ya no pudimos verlos más.

Poco a poco, sin embargo, la imagen del paredón se impuso sobre las especulaciones políticas que el caso implicaba y los comentarios fueron disminuyendo dando paso a un silencio que parecía oírse. Fernando propuso rezar un rosario; en estas ocasiones solía tener más acompañantes y con voz tranquila dirigió la oración.

Observé a Cheíto, que vivía en la *wilaya* frente a la nuestra, sólo tenía quince años de edad y por primera vez iba a oír las descargas de un fusilamiento. Estaba callado, ¡con lo hablador que era! Me daba pena verlo, casi un niño, enfrentando algo tan serio.

El jefe de la galera ordenó silencio para dormir, pero para muchos iba a ser muy difícil conciliar el sueño; no querían despertarse con las descargas.

12.15 AM.

El ruido que hacía la cerradura del rastrillo al abrirse y unas voces apagadas hicieron saber, a los que aún estábamos despiertos, que los presos juzgados habían regresado. Los condenados a muerte pasarían del rastrillo a las capillas, los demás entrarían de nuevo al patio.

Joaquín, siempre atento, bajó rápidamente de su litera y descalzo fue hasta la reja para ver lo que ocurría. Dejaron a dos presos en la galera catorce y pasaron frente a la nuestra varios presos que pertenecían a las galeras de abajo; uno de ellos le dio una camisa a Julio, que también había ido hasta la reja, y habló con él un instante. Ninguno de los nuestros había regresado.

Joaquín volvió por el pasillo dando explicaciones: cinco penas de muerte, los demás probablemente absueltos. Esto era muy raro, pues menos del uno por ciento de los juzgados salían absueltos. Los juicios eran pura pantomima, todo estaba decidido de antemano; en este caso probablemente habían tratado de enmascarar a los delatores con una redada más amplia de gente que no estaba conspirando.

Julio, ya de regreso, me entregó la camisa; el muchacho le había encargado a uno de sus compañeros que me la devolviera, había recordado mi nombre, pero nosotros desconocíamos el suyo.

Íbamos a tener una noche muy dura. De pronto me vino a la mente el foso y el poste en que amarraban a los condenados a muerte, la única vez que lo vi parecía pintado de negro; el «palo», como lacónicamente se le llamaba, era todo un símbolo del horror y el terror del régimen.

12.45 AM.

El ruido del camión nos indicó que ya los condenados a muerte iban a ser llevados al foso. El vehículo llegaba hasta el rastrillo para recoger a los presos ya esposados; el trayecto era de sólo unos doscientos metros, pero por razones de seguridad se hacía en el camión.

Ahora venía la desagradable espera, pensando e imaginando lo que ocurría en esos últimos momentos.

1.20 AM.

Se oye la primera descarga no muy cerrada, pero parece eficaz, pues no se escucha el tiro de gracia. Alguien comienza a rezar de nuevo. Con intervalos de unos diez minutos se van sucediendo las descargas, la tercera y la última van seguidas de un ruido seco que el eco del foso repite un instante; han necesitado el tiro de gracia.

Me quedo mirando la camisa que, colgada de nuevo, me parece más inerte que nunca.

Tengo que dormirme, no quiero pensar, trato de imaginarme una pared blanca, todo blanco... ¿Por qué tiene que morir un muchacho así?, podría estar estudiando, despreocupado, feliz. ¿Qué habrá pensado al ver el palo? No le presté mi toalla, pero le di mi camisa. ¿Se habrá acobardado? ¿Qué estarán haciendo otros jóvenes como él ahora?, déjame ni pensar en eso que me encabrono y no voy a poder dormir. Deben haber cientos como él por el mundo, en universidades burguesas, estudiando los «logros» de la revolución cubana y meditando sobre el camino correcto hacia el comunismo. ¿Habrá sido el primero? ¡Ojalá!, de lo contrario tendría que ver al fusilado anterior ya muerto; no pueden retirar el cadáver tan rápido. Intelectuales de moda deben estar trasnochando alegremente en París o New York discutiendo si Lenin tal cosa, si Marx tal otra o el recoño de su madre. ¿Qué sentiría al recibir la descarga? Muchos tratarán de justificar estas muertes como necesarias para que la revolución avance; claro, como no es a ellos a quienes les parten los cojones. Deben estar pensando que somos unos subdesarrollados productos del oscurantismo y de los intereses económicos de la burguesía. Tienen fe en este estalinismo reciclado, Castro no es nada nuevo ni un carajo. Ninguno gritó ¡Viva Cuba libre! ni ¡Viva Cristo Rey!, parece que ya el esparadrapo que le ponen en la boca se ha hecho oficial, como el que le ponen en el pecho para que el pelotón tenga mejor diana. ¿Ya lo sabrá la familia? A lo mejor han estado pidiendo paredón en el CDR. No debe haber dejado hijos, es muy joven. ¡Qué hijos de puta son estos comunistas! Ahora ya nadie habla, no se oye ni un murmullo, creo que me voy a dormir. ¿Será verdad que morir por la patria es vivir? ¿Cuál sería su nombre?